

José Víctor Zaconeta

El Chiru - chiru, los mineros y la Virgen del Socavón

La parte esencial y religiosa de la tradición, es ésta: - El Chiru-chiru, era efectivamente devoto de la Virgen de Candelaria y tenía, a su cabecera, una pequeña imagen de su patrona, en un cuadrado litografiado o, seguramente, estampado en madera, en esa época. Todas las noches que salía a hacer sus fechorías (porque de día era el hombre más honrado, como hay muchos), le dejaba, infaliblemente, encendida una velita de sebo a su Virgen, para que le amparase en sus correrías y le sacase "con bien" de cualquier conflicto. La Santa Virgen, probablemente, compadecida de su miseria, le dejaba hacer o se hacía de la vista gorda, mientras que el Chiru-chiru desbalijaba un poco de sus bienes terrenales a los poderosos y a los ricos, generalmente avaros y nada caritativos; pero, en una noche fatal, trató de apoderarse del único tesoro que poseía un infeliz peón caminero y su familia, consistente en una petaca de cuero que contenía sus pobres ropas, humildes y estropeadas. Como es natural, la Virgen se indignó sobremanera, y, llamándolo interiormente, a la conciencia de su devoto, le prohibió que cometiera semejante atentado. Como el Chiru-chiru pusiese oídos de mercader y se obstinase en ejecutar la infamia, por considerarla demasiado fácil, no sin insistir en su prohibición, la Virgen apesadumbrada, se vió obligada a abandonar al ladrón, retirándole su amparo. El Chiru-chiru, libre ya de todo escrúpulo, se puso en ejecución inmediata; pero no había entrado en sus planes la contingencia de que iba a tropezar con un hombre que, aunque demasiado infeliz, era tan valeroso y resuelto, que no sólo sabía hacer frente a todas las adversidades de su mala suerte, sino también defender, a sangre y fuego y temerariamente, su propia vida, las de su mujer e hijos y el tesoro de sus miserables harapos. Cuando el Chiru-chiru se colaba ya en la vivienda de aquella pobre familia, por una puertecilla que entreabiera cuidadosamente, el caminero que tenía el sueño muy ligero, despertó inmediatamente y percibiendo un leve ruido y a través del trasluz de la puerta la presencia de una sombra humana, creyendo que se trataba de algún asesino o de un enemigo encarnizado que tenía, cogió rápidamente el puñal que le servía para sus andanzas y viajes; y como era hombre "que no esperaba recibir para dar", lanzóse sobre la puerta sin que el Chiru-chiru tuviese tiempo sino para volver la espalda, en la cual el caminero le asestó una profunda puñalada. Como el ladrón era demasiado ágil, a pesar de su mortal herida y de la estupefacción del caminero, que se detuvo esperando ver desplomarse a su víctima, hechó a correr de tal suerte, que aunque el agresor trató de perseguirlo después, no pudo ya alcanzarlo, perdiéndolo entre las sombras de la noche. Por más que la puñalada no hubiese comprometido el corazón del herido y por mucha que fuese la fortaleza de éste, después de haber corrido unas cinco o seis cuadras, el Chiru-chiru, cuya lesión era demasiado grave, cayó desfallecido, en campo abierto, ya en las afueras de la entonces aún pequeña ciudad. Allí, casi agonizante y poseído del más inmenso y sincero arrepentimiento, empezó a clamar a su divina patrona y a implorar su protección. La Virgen, sin duda conmovida por las fervientes plegarias de su desobediente protegido; viéndolo en trance tan duro y deseosa, además de aprovechar de aquel momento supremo de regeneración de su alma, acudió presurosa al sitio en que yacía aquel, y, alentándolo en su fe y prodigándole los más solícitos y delicados cuidados, le condujo, lentamente, hasta su ya descrita guarida. Instalado el herido en su humilde lecho, la divina enfermera, con todo el amor y la ternura de una madre, le asistió, bondadosa, hasta sus últimos instantes, recogiendo de los labios del ladrón junto con su arrepentimiento, la sincera gratitud de sus bendiciones. Y cerrados para siempre los ojos del Chiru-chiru, su noble protectora se transformó en seguida, en la hermosa imagen que bajo la advocación de la "Virgen del Socavón", es venerada hoy día, en el templo del mismo nombre.

Tal es lo que refiere la tradición, cuya versión más aceptable hemos tratado de interpretar, con la finalidad posible, dentro de la forma literaria que requiere este género de trabajos. No faltarán quienes nos digan que el Chiru-chiru fue conducido por la Virgen desde el lugar en que cayera desmayado hasta el hospital, y que murió allí. Pero, esta versión, poco aceptable, rompería la unidad de acción de la tradición misma: pues; suponiendo que fuera así, la Virgen habría tenido que abandonar al herido en manos humanas, desapareciendo luego y sin llenar, por completo, la divina misión que se le atribuye; o si se quedaba, habría debido convertirse allí mismo, en la celebrada imagen que motiva esta leyenda. Tales consideraciones y la de no interrumpir el curso armónico de los hechos sobrenaturales relatados, han hecho que nos adaptemos a la versión que nos ha parecido más lógica.

Más los hechos y sus consecuencias, no pararon ahí.

Descubierta la imagen de la Virgen y sepultado el cadáver del Chiru-chiru con todos los honores posibles, al tercer día reuniéronse todos los vecinos del Barrio Minero, al que perteneció aquél y llegaron a los siguientes acuerdos aprobados por unanimidad:

1ro.- Que la mina de plata "Pie de Gallo", que se trabajaba ya entonces, se denominaría, en lo sucesivo: "Socavón de la Virgen", nombre con el que es conocida actualmente.

2do.- Que todos los años se celebraría con gran pompa la fiesta de la Virgen, debiendo, precisamente, coincidir ella con la fecha en que cayese el sábado de Carnaval, víspera de la Quincuagésima, tanto porque pocos días antes ocurrió el suceso, cuanto porque sólo entonces tenían los mineros una libertad de tres días de trabajo, los indispensables para celebrar la fiesta, tal como ellos la deseaban. De donde se origina que dicha festividad es móvil y que tiene precisamente que caer en el carnaval, pese a los calendarios, bulas y ritos de la Iglesia Católica.

3ro.- Que para honrar debidamente a su excelsa Patrona todos los Mineros se disfrazarían precisamente de diablos, tanto para dar realce a la fiesta cuanto para conservar ciertas tradiciones de la minería, sin que faltan Satanás y el Arcángel San Miguel, para representar, melodramáticamente, la caída de Luzbel, y

4to.- Que estos acuerdos se pondrían en conocimiento de todos los mineros de las empresas de la jurisdicción; debiendo con la anticipación debida, componerse canciones y villancicos especiales, para cantarlos en loor de la Virgen.

Todo lo cual se hizo "al pie de la letra", proclamándose desde entonces, a la Virgen del Socavón, patrona de todos los mineros del Departamento de Oruro.

Estamos frente a una figura inexplicablemente preterida en el recuerdo. José Víctor Zaconeta. Ciudadano notable. Nació en Oruro en 1885 y falleció en la ciudad de La Paz, en 1945. Contador de profesión, escritor y poeta. Senador de la República, Rector de la Universidad de Oruro, Mucipale y Presidente del H. Concejo Municipal, importante funcionario de los Bancos Nacional de Bolivia y Francisco Argandoña y representante Consular de la República de Venezuela en Oruro.

Cultivó con acierto los géneros de poesía y prosa. Son notables sus aportes en materia de etnografía y folklore con temas sobre la presencia del grupo Chipaya en Oruro y, la leyenda del "Chiru-chiru" que explica a su manera el inicio del Carnaval de Oruro y otros que sensiblemente han quedado inéditos hasta la fecha en un valioso volumen con el nombre de "Tradiciones Altoperuanas".

Su ficha bibliográfica sin embargo, registra obras de alto valor estético y de especulación antropológica.

1894 Poemas. Imp y Lit. "El Comercio" Cochabamba, 62 p.

1903 La Ordenanza Municipal del 15 de octubre último y el Auto de entredicho del Ilustrísimo Arzobispo de La Plata. Tip. y Lit. "La Económica", Oruro, 15 p.

1925 Entre el Polvo del Camino. Poesías líricas. Edición del Centenario de la República. Imp. "La Favorita", Oruro, 284 p.

1925 Odas y Poemas. Edición del Centenario de la República. Imp. "La Favorita", Oruro, 275 p.

1927 El Colegio Nacional "Bolívar" de Oruro. Tip. "Minerva", Oruro, 20 p.

En mérito a su capacidad de hombre público e intelectual de nota, un establecimiento de educación parvularia en Oruro, lleva su nombre.



Antonio José de Sucre

¡Gloria al ilustre genio americano!
Gloria, sin fin, al inmortal guerrero,
Que el padre supo ser, que fue el hermano,
¡Pero jamás el déspota altanero!
Baluarte de la ley, fiel ciudadano,
Ejemplo de virtud, noble y austero,
Ante su augusta sombra, reverente,
¡Se inclina magestuoso un continente!

¡Oh, si... ¡el derecho!- En la postrer batalla
Ved, de Ayacucho, su esplendor potente:
Fuerza invisible, a cuya voz estalla
Sublime tempestad que el alma siente,
Deshace el fuerte, zapa la muralla
Con el furor del huracán rugiente,
Y apagando a sus plantas los cañones
¡Proclama libertad a las naciones!

Vedle: Triunfante, al galardón pomposo
Con que Bolivia coronar quisiera
La soberana frente del coloso,
Renuncia suplicante y nada espera:
Jamás de la ambición el grito odioso
Llegó a turbar esa conciencia austera,
Ni al soplo corruptor del egoísmo
Perdió el respeto de su nombre mismo!

¡Legislador sublime! Su alto vuelo
No aquí detiene, pues sus raros dones
Inspírale, con ardoroso anhelo,
Por cima de la guerra y sus legiones,
Poner el nombre de este hermoso suelo
Al frente de los siglos y naciones:
Su intento ensaya y alcanzar le es dado
Renombre y gloria para el nuevo Estado.

